

*Homilía de D. Miguel Ángel Angora Mazuecos,
Delegado Diocesano para la Vida Consagrada de la
Diócesis de Ciudad Real, en el 5º aniversario del
fallecimiento de la Sierva de Dios
Madre Mercedes de Jesús
03 - 08 - 2009*

Queridos Hermanos Sacerdotes, Hermanas Concepcionistas y hermanos todos:

Hace unos días oía a un locutor de radio decir a otro amigo que se le había muerto su mujer: “No llores por haberla perdido, sino da gracias a Dios por haberla tenido y haberte hecho feliz tantos años como has convivido con ella”.

Éste es el caso nuestro con la Madre Mercedes de Jesús Egido. Damos, hoy, gracias a Dios por haberla tenido como abadesa en este Monasterio y por los escritos que nos ha dejado, que es otro modo de continuar su presencia entre nosotros.

Hoy, 3 de agosto de 2009 recordamos el 5º aniversario de la muerte de Madre Mercedes, o si queréis el 5º aniversario de su nacimiento a la Nueva Vida, con mayúsculas, que es el Reino de los cielos.

Suelo decir con frecuencia que se nos van los mejores maestros que hemos tenido en la vida, como por ejemplo nuestros padres, amigos, o la Madre Mercedes, que a lo largo de su vida nos ha ido aleccionando con su ejemplo y su palabra.

Cuando la Madre María me dijo que celebrara esta Eucaristía, del 5º aniversario, pensé qué otra cosa podría decir, o buscar, entre sus escritos, para nos sirviera de ayuda y testimonio a nuestra vida de cristianos, porque sus escritos no son otra que comentarios a la Palabra de Dios, era su modo de evangelizar, en primer lugar a sus hijas y después a todos aquéllos que de una forma u otra entraban en contacto con ella, y pensé en la Resurrección.

Todos sabemos el tesón y esfuerzo que la Madre Mercedes ha dedicado a lo largo de toda su vida por dar a conocer cómo se puede y se debe vivir luchando contra el pecado, y el deseo de vivir como María: la sin pecado, llama ella. Por eso se explica la gran devoción que tiene a la Inmaculada Concepción. Quiso en todo momento ser como ella, aunque sabía que nunca lo podría conseguir porque María nació sin pecado, y ella no, lo mismo que todos nosotros. Por eso tenemos a Cristo, como redentor, a través de su muerte y pasión en la cruz, para la salvación de nuestras almas. En sus escritos, deja muy claro cómo Cristo nos redime del pecado y nos promete la resurrección y la vida eterna, y todo por amor, recalca, en sus escritos, la Madre Mercedes. Tanto amó Dios al hombre que le entregó a su Hijo para que todos tuviéramos vida eterna.

A aquéllos que sois aficionados a la lectura y meditación de sus escritos, (alguno veo yo en el seminario por las mañanas con el libro de EE, hacia el amor perfecto, de la Madre Mercedes), sabéis que ella repite hasta la saciedad el “No al pecado” y el sí al “amor de la Virgen”, dos ideas que nos son imprescindibles y válidas para nuestra sociedad hoy.

En los escritos, aún inéditos, que la comunidad me ha pasado, he tenido la curiosidad de buscar qué pensaba ella en torno a la Resurrección. Y en el poco tiempo que he tenido he encontrado comentarios muy curiosos, que dejan muy claro su modo de ser y vivir cristianamente. (Lanzo la idea de que el que quiera busque en sus libros qué piensa de este tema).

Comenta, para las hermanas, la resurrección de Lázaro, y lo hace así: “Jesús desatiende la petición de sus amigas Marta y María momentáneamente, para un mayor don. Jesús manda hasta en la muerte. Nunca desesperar ni desconfiar del Esposo, hermanas. Jesús cuenta con nuestra confianza y se gloria en que se la demostremos. Dios se mueve al ritmo de la eternidad de donde Él es, no del tiempo. Le avisan que está enfermo su amigo Lázaro y no se mueve, no se pone en camino. Se muere y no corre por llegar, tarda cuatro días y deja que en este tiempo la aflicción invada a las hermanas del muerto. El tiempo no corre para el que es la Resurrección y la Vida: “Yo soy la Resurrección y la Vida, el que cree en mí...” Por la Resurrección, Cristo aumenta nuestra fe. Su Resurrección es para darnos la fe en alguien que es distinto a un simple hombre. Resucitó porque es más que hombre. **Su pasión y muerte nos da el amor de dios y su Resurrección, la fe”.**

En todo se hizo igual al hombre, menos en el pecado. Por la redención de Cristo llegamos a la resurrección: “fue entregado por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación”.

Y he elegido todavía otro texto del evangelio de Mt. 16, 24 – 26: “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame. Porque quien quiera salvar su vida la perderá, pero quien pierda su vida por mí la encontrará. Pues ¿de qué le sirve al hombre ganar el mundo entero si arruina su vida!

Y comenta Madre Mercedes: “Sabía Jesús a lo que nos obligaba ir detrás de él, hasta perder la vida... Ser discípulo de Cristo es recibir la vocación a perderlo todo, todo, incluso la vida misma. Mire la esposa si ésa es su disposición, su entrega y su vida en el seguimiento cercano del Esposo. Si no es así, de verdad que no ha entendido aún su vocación, no se ha entendido con su Esposo que es esa Palabra adorable que compromete tanto su amor hasta fundirlo con el suyo, compromete tanto su vida hasta dejarla perdida en la suya y que viva sólo por su entrega e inmolación, haciéndolas suyas, viviéndolas, pensando que vive la vida de Jesús, su espíritu. La esposa debe dejarse moldear por tal Maestro, bebiéndose sus Palabras, copiando sus sentimientos, viviendo de su espíritu y obrando según sus enseñanzas...”

Es tiempo de renovar el fervor de los primeros cristianos, la intrepidez de su fe y la pureza de sus costumbres, el Evangelio vivo, hasta la pérdida de la vida en las circunstancias en que Él te ponga”.

Y se pregunta: ¿Qué se entiende por perder la vida? Y dice:

“Por perder la vida se puede entender perder la honra si la circunstancia en que se desarrolla tu seguimiento de Cristo te lo exige y la encontrarás si la pierdes por el evangelio, por amor y por parecerte a Él.

Perder la vida es soportar las limitaciones, torpezas, sinrazones, molestias y demás cosas desagradables que se pueden originar en la diaria convivencia con las hermanas sin quejarte, con paz, comprensión y amor, haciendo que se pierda tu deseo de resarcirte de ello; eso es perder la vida por amor.

Perder la vida, - dice concretando -, es también preferir cama dura a cama blanda, hábito tosco a hábito delicado, pobreza y abstinencia en los alimentos, soportar con constancia las molestias que ocasionen el cumplimiento lo más perfecto posible de los propios deberes, el silencio, el trabajo. Todo esto es perder la vida por el evangelio, que es la causa que te trajo y te mantiene en el Monasterio”.

Y pone este ejemplo: “Si a Cristo le dieran a escoger entre cama dura y cama blanda... algunos dirían que le daría lo mismo, pues no rehusaba los banquetes. Sí, pero Él escogió para nacer un establo y para morir una cruz”.

Brevemente quiero terminar recordando el evangelio que hemos escuchado y que hace referencia a la unidad de los cristianos entre sí y con Cristo, es decir a la unidad de la Iglesia.

Dice ella: “Es más lo que nos une que lo que nos separa. Porque lo que nos separa son egoísmos, diferencias doctrinales salvables, pero nos une la sangre de Cristo, su Vida, su Pasión, su Muerte y su Resurrección”.

El seguimiento de Cristo, al que ella nos invita, no se trata sólo de una relación entre el discípulo y el maestro, una relación hecha de escucha, obediencia e imitación. No. Se trata de **un injerto**. Hemos sido injertados en Cristo como los sarmientos en la vid; le pertenecemos de tal manera que somos los miembros de su cuerpo. En este quehacer no estamos solos. Jesús no nos abandona: “No os dejo huérfanos”. “He aquí que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo”. Y sabemos que el grado máximo de su intensidad de presencia entre nosotros se realiza en el sacramento de la Eucaristía.

Pues bien, esta mujer que hoy estamos recordando y por la que estamos dando gracias a Dios, nos presenta su testimonio de fe, para quien la Eucaristía fue *fons et culmen* de su vida. Así pues la Madre Mercedes, alma profundamente contemplativa, **fue, es y será una contemplativa que dejó huella**, de quien muy pronto se espera que la Santa Sede inicie el proceso que un día la elevará a los altares, (ya sabéis que la norma general, es que no se puede iniciar ningún proceso antes de los cinco años del fallecimiento) para ello se están dando ya todos los pasos necesarios, las monjas, y desde nuestro obispado con el Sr. Obispo a la cabeza. Desde hoy ya hay camino libre para iniciar este proceso.

Damos gracias a Dios por el regalo que ha hecho a su iglesia con la vida y obra de M. Mercedes y pedimos vocaciones para que su obra se pueda llevar, con la gracia de Dios, a feliz término. Que así sea.

D. Miguel Ángel Angora Mazuecos
Delegado Diocesano para la vida Consagrada